

El fracaso es la novela del destino. Un hombre se declara vencido sin saber siquiera cuánto pueden las propias fuerzas anímicas.

Oscar y Carmen, en la edad de las ilusiones, se sienten unidos por un amor que les parece profundo y eterno. El idilio de los dieciocho años sigue su curso natural. Confesiones ante las vírgenes páginas de un diario íntimo, declaraciones confiadas a un mensaje que inconscientes, ha de llevar, de uno a otro, palabras que expresan las ilusiones más queridas.

Oscar, desde muy temprano, es un vencido. Las contrariedades de la vida lo hunden en continuas y amargas reflexiones. Es un creador incansable de conflictos por causa de su propio y hondo sentimiento de inferioridad. Es un enfermo del cuerpo. Lo peor, es un inválido del espíritu. Surgen los celos. Se martiriza con ellos. Con ellos lleva la inquietud al alma gemela.

Como buen enfermo de minusvalía, Oscar pierde las horas muertas en aventuras galantes. Muere la madre, el único apoyo real al que su energía, en extremo debilitada, puede recurrir.

Carmen, más positiva, busca nuevos amores que inmediatamente se afianzan en matrimonio.

Oscar cree erróneamente que el dolor se confunde con la vida. Quiere destruirlo, suicidándose. Sentimental, como todos los fracasados, busca el amparo de la tumba materna para realizar su propósito.

Lo desvía de nuevo hacia la existencia odiada el piadoso homenaje que Carmen hace a la memoria' de aquella buena y desgraciada mujer, llenado de matices y de perfumes la tumba olvidada.

¡Ya ama la vida! Pero sigue martirizándose. Hace, por voluntad propia, un hábito del sufrimiento. Quiere darle fuerzas en la soledad y en el silencio de sus pensamientos extraviados. Muy pronto hay necesidad de encerrarlo en la celda, desnuda de piedad, de un manicomio.

El autor ha delineado, con acierto, la irresponsabilidad del Joven protagonista que se entrega, sin armas y sin deseo de luchar, en manos del destino. No hay en él voluntad. Ni siquiera hay pasión ya que, desde el principio de sus relaciones con Carmen, se considera vencido. Sufre un dolor que él mismo provoca. Hace sufrir esa misma angustia a otras personas a quienes no hay razón para hacerlas responsables de tanta angustia.

Es un tipo sin responsabilidades. Pasa, ante nuestros ojos compasivos, presentado con un estilo que no es de inquietud sino de interés profundo.